

San José, Costa Rica

30 Abril de 1911

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año I

Núm. 8

SOCIOLOGÍA

La creencia sobrenatural y la creencia intelectual

El Cristianismo

La creencia intelectual que tiende á penetrar de más en más lo desconocido, suministra un alimento inagotable á la actividad, á las aspiraciones comunes de los hombres. Realiza sobre lo desconocido, sobre lo que es misterio hoy y claridad mañana, conquistas incesantes; aumenta el patrimonio común del progreso, del ideal. La creencia en un Ideal nos permite entablar con él, —mediante la conciencia y el pensamiento,— constantes relaciones. La realidad de esas relaciones es un hecho, un punto de experiencia. Nuestro ideal llega al cabo á ser concreto. Llega á ser el determinante de nuestras acciones. La creencia intelectual lleva en sí una fuerza irresistible que nada puede contener; es como un gas condensado que en virtud de su poder expansivo, rompe su prisión y desmenuza aun los cuerpos más duros.

Ciertamente, la religión sobrenatural ha sido el arma más eficaz que ha podido usar el hombre para asegurar su existencia espiritual. Es preciso admitir con Lubbock, que los pueblos sin religión carecen de historia y no son susceptibles de civilizarse. Maudsley* participa de ese parecer. Y en efecto: la creencia en una intervención sobrenatural en los destinos humanos,

ha sido útil á una época de la evolución, tanto como es útil para la buena educación de un niño que sea respetuoso hacia sus padres aun cuando éstos no lo merezcan. Pero, ha venido á ser dañosa en una época más avanzada, en que el sentimiento religioso después de cumplir su fin se ha debilitado, por estar la inteligencia más desarrollada, —y en que el sobrenaturalismo, corrompido por los intereses del clero, sólo sirve para asegurar los propósitos de una impostura organizada. ¿Cómo el influjo de esa creencia puede ser benéfico, si ella no es verdadera; si se sabe que no lo es? Afirmar que el curso de la naturaleza puede ser caprichosamente interrumpido en un momento dado, por un poder á ella extraño, y que el sucederse de los hechos revela la actuación de una voluntad ultrahumana, sería, si no se tratara de una vana doctrina, arrebatar al hombre un motivo imperioso de estudiar pacientemente las leyes del universo á fin de conformar á ellas su vida y de mejorar la naturaleza por medio de sus facultades. He ahí un verdadero deber que debería constituir el fin constante del hombre: referir á su evolución futura la que se ha cumplido en el pasado.

La creencia en la intervención sobrenatural implica un defecto de des-

* *Pathologie de l'esprit*, pág. 146 y siguientes.

arrollo mental. Una creencia que imposibilita el ejercicio de la investigación es fatal para el anhelo emancipador de la humanidad. Cuando se observa cómo han influido los hábitos supersticiosos engendrados por el sobrenaturalismo en la vida de los salvajes, al punto de anular toda propensión al progreso, se comprende qué acción funesta ha tenido sobre el espíritu humano. En los primeros tiempos de la Reforma, cuando dominaba Roma y las hogueras de la persecución brillaban con plena luz, la Iglesia romana, considerando toda doctrina innovadora como un peligroso foco de infección, destruía con celo la menor alteración de las rutinas consagradas; podemos imaginar cuántos excelentes movimientos, cuántos nuevos desarrollos del pensamiento fueron entonces aniquilados.

El rígido sistema de obligaciones uniformes é invariables que impone á los hombres absoluta abstención en cuanto dice inquirir el cómo y el por qué de los fenómenos de la naturaleza, impide, no puede menos de impedir, el desenvolvimiento intelectual. La completa libertad para investigar, para aprender, para trabajar en cualquier dirección, es la base necesaria del progreso.

Podemos admitir que las creencias divinas han prestado valiosos servicios á la humanidad; que ha sido necesario atravesar lo sobrenatural para llegar á lo natural; que no pudiéramos explicarnos la religión sobrenatural como una institución inventada por los clérigos para dominar á los hombres, para esclavizar su voluntad y privarlos de su independencia; pero no podríamos negar que esa creencia creó cuantas teorías existen relativas á la revelación y al culto de un Ser superior é invisible. Y la revelación no es otra cosa que un expediente fácil para dispensarnos del ejercicio de la razón y suprimirnos la fatiga de pensar por nuestra propia cuenta. El culto es la manifestación superflua de una creencia, y sus desviaciones, en cuanto favorecen la superstición,

atentan contra la integridad de aquélla. La creencia desinteresada carece de culto. Éste, es la expresión de la fe dogmática, ciega. La conducta inmediata es la expresión de la creencia intelectual.

El hombre de creencias sobrenaturales, crea seres, imágenes ilusorias, para explicar los fenómenos que en su torno ocurren. El hombre intelectualista, busca las causas y las encuentra en las manifestaciones del organismo y de la naturaleza. La creencia sobrenatural es un sistema de artificio; la intelectual, proviene de un desarrollo orgánico. Todo lo que hasta el presente se conoce, se ha obtenido gracias al libre examen y á la investigación independiente, y no por mediación de intensas revelaciones. El sobrenaturalismo admira, pero no quiere comprender. El intelectualismo admira, pero comprende. Una creencia que se atribuye orígenes ultra-terrestres, está, por esa misma razón, obligada á imaginarse perfecta é infalible, y en lo tanto, imposibilitada para evolucionar. Toda infalibilidad obstaculiza de modo insuperable la obra de penetración evolutiva y experimental. La creencia ha de ser progresiva, no debe depender de una fórmula convencional é inmutable. De igual manera que la razón, debe siempre tender á progresar; debe evolucionar en armonía con nuestro saber y nuestra inteligencia. El intelectualismo no es el sacerdocio de determinada casta, se encamina hacia un objetivo que ha de realizarse progresivamente, por el concurso de todas las inteligencias. Sus progresos y los de la civilización han sido siempre solidarios.

La fe sobrenatural destruye la autonomía del *yo* individual y opera una renunciación de la personalidad. El sobrenaturalista no se pertenece. Su vida moral no es el producto de su libertad, del sentimiento de su responsabilidad, de su voluntad, en una palabra, de su conciencia. Acciona en virtud de órdenes; y sus ideas están todas sometidas á control. Si la duda lo conturba, no tiene derecho de acla-

rarla, y si intenta ejercerlo, no sabe cómo debe hacer, á causa de haberse habituado á ver en ese hermoso é imprerceptible derecho, un peligroso atentado á su fe. Además, le es más fácil conformarse con la doctrina consagrada, que examinar y juzgar los hechos. ¿Cuántos cristianos sinceros hay, cuántos creyentes convencidos? La mayoría, más desean, que creen; más imaginan, que saben. Unos creen por hábito, otros, porque han nacido en determinada latitud, y en fin, los más, por medida de prudencia, en consideración á las ventajas temporales que el convencionalismo proporciona, de donde resulta que el origen de la mayor parte de las instituciones religiosas es una mera cuestión de egoísta interés. El espíritu de imitación, tan preponderante entre los organismos inferiores, nos domina todavía de tal modo, que la reflexión misma,—nuestra única real superioridad,—es para nosotros un penoso trabajo, sobre todo, cuando se trata de aplicarla al estudio de lo desconocido y hay riesgo de que sean destruídas nuestras ilusiones y nuestros intereses ya establecidos. Con frecuencia nuestros sentidos erran y la imaginación nos hace ver cosas inexistentes. Cada siglo, cada país, posee prejuicios de los cuales es difícil sustraerse. Cada cual se cree obligado á obrar como los otros, á pensar y decir como ellos, y cuando está en vías de hacer por sí mismo luz sobre tal ó cual punto, siente temor de rehuir las tradiciones, de violar las costumbres, de encontrar argumentos que contradigan su manera de creer, obrar y vivir. Para muchos de los que profesan el cristianismo, la fe es simplemente inactividad espiritual, pereza, impotencia del razonamiento, miedo de avizorar nuevas orientaciones. «Yo no razono, — escribe Bourdaloue *, — porque si lo hiciera, mi razón nada encontraría que la determinara á creer; no razono porque si razonara, mi razón misma, oponiéndome dificultades, me aparta-

ría de la creencia. Pensar de tal suerte es faltar á la fe cristiana.»

Y no se quiere razonar, no se razona; se admite la infalibilidad del dogma, que es la negación del progreso en la creación intelectual. El dogma es la negación del principio de la verdad, tal como lo quiere la conciencia. Es un producto de la ignorancia que se mantiene obstinadamente y transforma su ceguedad en regla de deber humano contrario á las enseñanzas de la conciencia. Su pretensión de regirla, mostrándose siempre opuesto á la razón, lo convierte, bajo todas sus formas, en algo que lógicamente es insostenible. Destruíd el dogma y sólo quedará el vacío. Su inmovilidad sistemática detiene el vuelo del pensamiento.

La religión sobrenatural nos impide resolver las dos cuestiones principales de la vida: Cómo? Por qué? Todavía actualmente, en ciertos países, el despotismo se une á la superstición para suprimir, por la preponderancia de las religiones del Estado, el primero de los derechos de la conciencia humana, el de la creencia libre *. El miedo es servil, destruye la dignidad: es el terror nutrido de odio que el opresor inspira al esclavo. El miedo es el espanto que nos asalta en presencia de una amenaza y que termina por derruir nuestro poderío intelectual. La religión dogmática nos exige que abdicemos nuestra condición de hombres capaces de observar y pensar. Y es al contrario de la intensidad del pensamiento de donde surge la creencia intelectual. La creencia sobrenatural destruye la personalidad. El más grande argumento de la creencia intelectual, es el *vouloir-vivre individuel*. Ella se propone perfeccionarnos, y alcanza raudas expresiones en las obras de arte y de pensamiento. La satisfacción de las necesidades intelectuales es una

* Entre nosotros, á pesar de la aparente libertad, y aun en épocas de liberalismo gubernamental, ese derecho ha sido con frecuencia violado. Ocurre con ello como con la decantada libertad de imprenta: la acción combinada de las asechanzas del poder y del mercantilismo de los empresarios de periódicos, logra á veces que las ideas no alcancen ninguna expresión. N. del T.

* *De la foi et des voies qui lui sont opposées.*

doble fuente de regocijos: la alegría que experimentan el poeta, el artista, el sabio, el pensador, al ejercitar sus órganos cerebrales, y la que á todos los otros procuran la poesía, el arte, los descubrimientos científicos.

La creencia sobrenatural sólo tiene un modo de expresión: la plegaria, que en la religión cristiana ha logrado un desarrollo considerable. Para el cristiano la oración es un ruego hecho á Dios para que le conceda algo que necesita. Es para colmar sus necesidades materiales que invoca el auxilio divino.

La creencia sobrenatural se traduce en una eterna lamentación. La creencia intelectual se traduce en acción, en energía laboradora.

Si el cristiano se atuviera estrictamente á los consejos de su religión, sería conducido á desconocer los más altos deberes que la conciencia natural le impone y á dejarse dominar por las

dificultades de la vida que son la verdadera causa de su progreso. Invertiría las horas en quejarse del mal ó en la beatífica contemplación de un abstracto bien, de un ensueño maldito que nadie ha sabido jamás definir.

El cristianismo ha debilitado la energía humana y retardado la aparición de los descubrimientos las ideas y los ideales que comienzan á engrandecer la vida. Sin esa creencia supraterrestre que adormece el espíritu, Darwin habría nacido mucho antes que Carlomagno y la humanidad viviría en la época anhelada de su completa dicha.

OSSIP-LOURIÉ

NOTA.—El estudio de Ossip-Lourié que ha venido publicando esta revista, integra con otros una serie de lecciones dadas en la *Université Nouvelle de Bruxelles* en 1907.

Ossip-Lourié es un pensador recomendable que ha obtenido notorios triunfos en su labor. Es autor de una serie extensa de obras filosóficas y de lucha. Acerca de Tolstói ha escrito tres; una relativa á Ibsen y otras más referentes á distintos tópicos, que le han merecido remarcables elogios de parte de las más serias publicaciones europeas. No tenemos más referencias de su personalidad.—N. del T.

Conversemos

A los obreros

Los cables de estos días os han hablado de un hombre cuya muerte fué como riego fecundo sobre cimientos de libertad. Francisco Ferrer Guardia se llamaba la víctima; una de las innumerables víctimas entre las cuales no es Jesús la primera ni la más excelsa, que el amor á los hombres va dejando como banderas de su empresa en la gran cordillera de Calvarios ante la cual humilla sus fiezas el viento de los siglos.

Fatalmente se ha aceptado en el mundo como sentencia incohonstable, que con sangre de mártires ha de regarse el sembradío de las ideas. Tal premisa consagra el tinte dogmático legendario que es preciso dar á las cosas para que vivan y perduren en el pensamiento de los hombres. Para consolarse con tan negro destino, los pensadores han ideado la teoría de los

suplicios necesarios que sólo es en muy pequeña parte razonable.

Pienso, sin embargo, hermanos, que todo el prestigio que la muerte de un hombre pueda amontonar sobre una causa, no compensa jamás el esfuerzo infatigable y acertado que esa muerte roba en la mayoría de los casos á la doctrina y al ideal. Tan faltos como estamos de esas decisiones incontenibles ante cuyos avances son lagunas los mares y menguados tropiezos las montañas, no podemos decir en lógica severa que deben morir los redentores para el más cercano triunfo de las ideas. Nuestra cobardía y nuestra desunión, matan á los hombres privilegiados de la energía que van delante mostrándonos la ruta. Eso es todo. La teoría del heroísmo que en cada cadalso enciende antorchas de fugaz reflejo para alumbrar las marchas de la ino-

pia, no es otra cosa, hermanos, que una mera disculpa femenina que todos damos á las complicidades de nuestra inacción, de nuestro silencio, en esos dramas sangrientos en cuya pintura gasta sus más torvos colores la inagotable paleta de la Historia.

Ciertamente, camaradas, al pie de cada Gólgota, surgen las más amargas lecciones de la vida. En esas grandes tragedias humanas en que sobre las pasividades de la multitud desatan el huracán de su interés las más fieras pasiones, caen de improviso las máscaras de los embaucadores y lucen su horrible desnudez todas las perfidias.

Pero conocer á Judas no vale el cruento suplicio del filósofo de las dulcedumbres que hace veinte siglos pereció en la cruz.

¿Sabéis acaso cuál fué la obra verdadera de Ferrer? Los reaccionarios y los políticos para quienes su ejemplo fué un eterno reproche y un látigo implacable su palabra, lo han pintado con los tonos sombríos del miedo que siempre le tuvieron. Un asesino tumultuario resulta de las caricaturas trazadas por la proterva falange de los oportunistas.

Pues bien, Ferrer no fué nada de eso. Su pensamiento liberal batió sus alas y echó á volar hacia los campos en que el combate por la libertad de los hombres florecía. Creyente sincero y fervoroso en las promesas de la astuta política, militó en las heroicas avanzadas de la República y no salió de ellas sino cuando caída de sus ojos la venda de la ilusión, sólo encontró en la bella idealidad de sus ensueños un asqueroso montón de traficantes marchando á su negocio cubiertos por el nombre y por el brazo de cuatro hombres miopes y sinceros. Convenido como lo vamos estando en nuestro tiempo los escépticos, de la esterilidad de un ejercicio del cual sólo obtiene provecho la rapiña á expensas de la credulidad, los diferentes grupos sociales vieron desfilar frente á ellos la lámpara errabunda de su pensamiento.

¡Todos iguales! En el fondo de to-

das las reacciones sociales, no hay sino violencias en receso, esperando el turno de su predominio. Desencantado de aquellos movimientos amasados con el fermento del egoísmo humano, renegó las clasificaciones partidaristas, verdaderos apodos de la ambición, y concibió entonces el plan maravilloso de formar para las verdaderas luchas del porvenir una humanidad nueva que, libre de tantas esclavitudes que atan en nuestros días el vigor de la sinceridad, pueda comprender y realizar el ideal inmarcesible hacia el cual se empujan con afán los entendimientos precursores.

De allí su tarea de educación libre, en cuya destrucción se combinaron los más antagónicos elementos que disputan entre sí con rabia insana la presa del poder.

Sabed que Ferrer fué calumniado. Todos los partidos políticos españoles y el interés religioso, que se sintieron heridos de muerte con la cultura que la Escuela Moderna iba esparciendo, fraternizaron un día para sacrificarlo; y aprovechando el más justo y venerable de los levantamientos populares contra una guerra infame y devastadora, lo aprisionaron fingiéndolo director del movimiento y lo fusilaron en los glasis del castillo de Montjuich.

El violento é inusitado proceso militar que allí finalizó, es el que tratan de reever los pocos hombres sanos de la Cámara española, y á ello se refieren los cables que todos habéis leído en estos días.

¿Vosotros no conocéis esos procesos militares? Aquí mismo podéis formaros una idea de su extraño y complicado mecanismo. Visitad un día los archivos nacionales, y pedid que se os muestre el que se siguió contra don Félix Montero y compañeros bajo la autocracia de Iglesias. Anotad los nombres de los testigos y seguid con interés las peripecias de la vida de esos hombres posterior á sus falsas delaciones. Apuntad los hechos delatados y considerad ahora, después de tantos años, los visos de verosimilitud que pudieron tener. No olvidéis grabar en

vuestra memoria los nombres de sus jueces militares y civiles para cuando se traté de discernir honores ó bordar necrologías, y recordad siempre que á consecuencia de aquel proceso horriblemente infame, Montero murió

de muerte misteriosa en el destierro.

En verdad, hermanos, la insolidaridad y la cobardía que nos arruinan, son los únicos verdugos de nuestros redentores.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Comentarios

I

¿Tiene derecho el marido de impedir á su mujer que vaya á la iglesia?

He ahí una interesante cuestión que, á iniciativa de una revista europea, ha sido objeto de una *enquête* prolífica, en conclusiones bastante de momento, en lo que mira á la filosofía y á la moral. Se trata de uno de esos análisis ideológicos de escasa importancia aparente, pero que encubren problemas de muy útil solución, sobre todo para quienes, avesados á observar el orden general de las cosas y á considerarlo como un todo de modo admirable organizado, pueden descubrir en ellos enlaces entre unas y otras que al confirmar el concepto unitario sustentado acerca de lo que ocurre en la realidad que nos rodea, aumentan la firmeza de los ideales y con mucha claridad permiten entrever la trama de las futuras evoluciones que han de guiarlos hasta su positiva efectividad. Y de ese hecho se desprende buena porción de enseñanza inmediatamente aplicable á la conducta individual. Cuanto sea rectificación de detalles favorece en mucho la demarcación de las líneas generales y en lo tanto la asimilación de las ideas, que así, por ese modo, paso tras paso, van engrandeciéndose y allegando cada vez más la posibilidad de ser los solos móviles de la acción. Así, por ese modo, mediante esa disciplina, se robustecen las iniciaciones de progreso que haya en el pensamiento y cobran el vigor necesario para llegar á transformarse en pasiones llenas de fecunda savia creadora.

Queremos comentar determinados

aspectos de la opinión emitida á propósito de esa pregunta, por Armand—el director de *L'Ere Nouvelle*, de Orleans—cuyo criterio en lo relativo á los «problemas sociales» se adapta con perfección á las ideas que la filosofía de esta época permite formular como representaciones sintéticas de las que han de ser en lo futuro, por fuerza de ineludible devenir, normas de la vida colectiva é individual en cuantos órdenes la determinan.

Armand, —cultor infatigable del acratismo,—da como base de las futuras relaciones sociales, en sus aspectos colectivo é individual, la contratación, el pacto consciente, la colaboración fraternal asentada en el anhelo del común bienestar y del general progreso, lo que implica, en término primordial, libertad absoluta para concurrir al nacimiento de la convención, voluntad libre dentro de los límites en que á esa potencialidad le es dable alcanzar el grado mayor de su desarrollo, es decir, hasta donde la herencia y los factores mesológicos lo hacen posible. Sobre esa libertad volitiva en la plenitud de su ejercicio, producto de una educación rigurosamente científica, que implica un amplio conocimiento de las leyes del universo y del organismo del individuo, han de asentarse las demás condiciones que la naturaleza de cada especie particular de contratación imponga. Extremada afinidad moral é intelectual y completo dominio del instinto sexual, en el caso del matrimonio, por ejemplo. Pero he aquí que las condiciones actuales de vida impiden, mejor dicho, estorban demasiado, que ese necesario desen-

volvimiento tome cuerpo, y apenas si á costa de tenaces esfuerzos dan hogar á las generosas aspiraciones que se proponen implantarlo. El período evolutivo que alcanzamos no da para más. Los propósitos no alcanzan aún á socializarse. Las ideas innovadoras se propagan con evidente lentitud, á causa de la enorme resistencia que el ancestral conservatismo les opone. La armonía consciente, fecunda, entre unos y otros hombres, y entre los grupos humanos y la individualidad aislada ha de mirarse mientras tanto como un noble ideal digno de cuanta lucha se pueda emprender y también del sacrificio cuando no haya otro medio de difusión que éste. Y es ante todo el encauzamiento de la voluntad, su orientación metódica, sujeta á principios, realizada por los maestros esforzados en el seno de la escuela, á fuerza de paciente labor, y por los hombres de aspiraciones nuevas dentro del hogar, tras constante tarea, la sola fuerza capaz de procurar el bienhechor nacimiento de esa augurada armonía, de esa amorosa reciprocidad, amoldada á la verdadera lógica de los hechos, que hará la dicha humana. La acción de los hombres avanzados, persistente y valerosa, tiene á su cargo ese trabajo; en ninguna otra zona pueden prosperar los gérmenes que han de originar su próspera y gloriosa existencia. La educación de ahora, inavenible con la

estricta verdad científica, inepta para actuar sobre la plasticidad de los conglomerados sociales de modo eficiente, marcha por vías de fatal regresión, hondamente nociva á los ideales libertarios, arrastrada por el impulso retroactivo que, en virtud de la naturaleza misma de los sistemas en que descansan, le impelen los gobiernos. Como hemos dicho, en el esfuerzo individual, educado, instante, intenso, tenaz, reside la potencialidad transformadora que puede operar con provecho sobre la psiquis hiperexcitable de las colectividades.

Hay pues, en la primera proposición de Armand,—la única á que en esta ocasión hemos hecho referencia, entre las que integran su escrito,—suficiente amplitud para espaciar la meditación, campo florecido de sonrisas para los que,—espíritus altos,—suelen buscar solaz en la serena contemplación de las ideas; para los que de sus filaturas sutiles obtienen el secreto de la propia renovación moral é intelectual; para los que necesitan renuevos de vigor que brindar al altivo afán de lucha.

Armand sintetiza con clarividencia las ideas y los ensueños que enmarcan la nueva tierra de promisión hacia la cual encaminase anhelante la humanidad. En próxima vez iremos de nuevo tras la estela de su pensamiento conceptuoso. —OMAR DENGÓ.

Párrafos

Es indudable que la época actual es la precursora de una nueva organización de las sociedades bajo bases más amplias de libertad y de justicia.

Existe en el ambiente una falta de fe, un ateísmo social, pudiéramos decir, hacia los sistemas empleados hasta hoy para dirigir á los pueblos por la senda de su perfeccionamiento. Es la época aquella que magistralmente describe Castelar en *Los cinco primeros siglos del Cristianismo*, época de

descreimiento que preparó lenta, pero firmemente, el derrumbamiento del Paganismo antiguo y que empezó con la burla irónica de un poeta ante la estatua de uno de los dioses de la antigüedad, símbolo poderoso y eterno para la imaginación de los creyentes.

Los pueblos sienten en estos momentos una falta de fe desconsoladora ante la incógnita de su felicidad nunca alcanzada; han perdido la esperanza en la política y en la religión que no

ofrecen á su espíritu cansado las satisfacciones del bienestar que inútilmente apetecen.

Las religiones, cuyo espiritualismo va desapareciendo, pisoteado miserablemente por la bota mercantilista de sus sacerdotes, no lleva ya al corazón de las multitudes la fe y la confianza de otros tiempos y la política, cuyos ideales más nobles y levantados han sido constantemente burlados y desprestigiados por sus abanderados más sobresalientes, no llena ya de entusiasmo las horas de lucha de los pueblos defraudados.

Es necesario el desaparecimiento de los actuales sistemas políticos y religiosos para reemplazarlos por otros más humanos, más sinceros, menos feroces y menos egoístas. Y los pueblos se preparan para derribar todos los ídolos religiosos y políticos ante cuyo altar han estado derramando incienso, arrodillados estúpidamente,

durante los siglos más brillantes de su historia.

Que venga el trabajo y la instrucción como únicos salvadores de la humanidad esclava: el trabajo, abriendo las fuentes de la riqueza para procurarse una vida tranquila é independiente y la instrucción, barriendo con el empuje poderoso de su fuerza las tinieblas que oscurezcan el camino hacia el futuro glorioso y emancipador.

Este ha de ser el punto de mira de los pueblos. El día que éstos vean con indiferencia á los hombres religiosos que consumen y se enriquecen sin trabajar y á los políticos que explotan los sentimientos atávicos de las gentes y vuelvan su mirada hacia los campos de trabajo como única fuente de bienestar y hacia las páginas del libro como única fuente de liberación, ese día, será el comienzo de la nueva etapa gloriosa de libertad y de justicia.

BOLÍVAR MONTERO

PEDAGOGÍA

Los exámenes

Creo que en educación como en política, los medios de coacción, los medios fuertes, no consiguen ningún resultado apetecible. La historia de nuestro país lo pone de manifiesto. No fué el carácter intemperante de Cavallón el que conquistó y se atrajo los indios sino el carácter benigno del padre Estrada Rávago. Los buenos tratamientos de Vázquez de Coronado pacificaron á los indómicos indios de Talamanca, quienes se rebelaron después ante los azotes de Diego de Sojo; la labor evangélica de fray Antonio Margil y fray Melchor López encontró mejor acceso en los indios talamanquinos que el excesivo rigor de fray Pablo de Rebullida y fray Antonio de Zamora.

El profesor señor Brenes Mesén

puso en evidencia que bien puede dirigirse un colegio sin necesidad de apelar á los castigos. Creer que son necesarios los medios de compulsión para educar la juventud es desconocer la naturaleza humana. Por eso decía, con muy buen tino el filósofo Paresen, que los exámenes eran cosas propias de la Edad Media, inconcebibles en los tiempos porque atravesamos.

No hay un pedagogo moderno que no condene los medios coercitivos como instrumento de educación, llámense exámenes, castigos ó reprimendas groseras. La escuela de hoy, la escuela moderna ha de ser el reflejo del hogar. En ella el educando sólo debe respirar alegría, trato paternal; debe ser atractiva, risueña, persuasiva, llena de halagos. De ahí que se propenda á su-

primir todo aquello que signifique malestar para los alumnos, todo aquello que no tienda á formarle un ambiente de alegría.

El distinguido profesor de la Universidad de Oviedo, Pedro Dorado, en su hermoso trabajo acerca de los exámenes, dice lo siguiente:—«La enseñanza de exámenes y el estudio de verdad son como en un principio se decía incompatibles. El que se prepara para salir adelante en el examen no estudia, pues una cosa es estudiar y otra prepararse para examinarse victoriosamente, y si puede ser con brillantez y lustre. No es posible pensar en ambas cosas al mismo tiempo, y darles á ambas satisfacción. No hay más que fijarse en el gusto con que trabaja, por ejemplo, el que estudia por aprender y cultivar su espíritu, sin otra finalidad inmediata, y en la desgana y repulsión con que lo hacen, en cambio, aquellos otros que sólo estudian para examinarse. Fiebre de saber, jamás bastante satisfecha, sienten de ordinario los primeros, á quienes cuanto más estudian más hambre de estudiar les da, hastío y no otra cosa experimentan los segundos, que se ven obligados á pasar por unas horcas caudinas que aborrecen. El que se examina sube la cuesta arriba de la indispensable preparación, todo lo acelerada y atropelladamente posible, pero también con fuerte repugnancia; y cuando dobla la cumbre, es decir, en cuanto acaba el examen para el que tal preparación servía, tira al suelo el fardo de ésta y respira con toda libertad y desahogo. Cada uno de nosotros — decía Guyau — ha experimentado esa sensación de bienestar intelectual que sigue á los días del examen y que consiste en sentir el cerebro libre de todo

cuanto en él se ha ido amontonando de prisa, en readquirir el equilibrio, en olvidar. El diploma no significa de hecho, con frecuencia, otra cosa sino el *privilegio de volver á convertirse* uno en ignorante; y esta saludable ignorancia, que se va gradualmente readquiriendo después del día de la prueba, es amenudo tanto más profunda cuanto mayor ha sido la tensión de espíritu empleada por el alumno para reunir en el día referido todo su saber, á causa del agotamiento que de ella resulta. ¡A cuántas reflexiones nada gratas se presta todo esto! Si no hubiera otras razones para condenar los malhadados exámenes, esta sola bastaría. Es claro, la única finalidad del atracón de libros en pocos días consiste en graduarse y coger el diploma; desde el momento en que se logra tal propósito ¿qué falta nos hace ya lo que hemos aprendido, ni para qué quemarse tampoco las cejas estudiando más?»

Don Aniceto Sela, profesor de la Universidad de Oviedo, en su artículo publicado en *El Liberal* del 11 de abril de 1900, referente á los exámenes, decía:—«yo certifico de que es verdad porque he visto muchísimos casos de ello — con una preparación de quince días y algunas veces de un sólo día ó de una sólo noche, aprueban las asignaturas muchos ciudadanos que previamente han tenido el cuidado de buscar, cuando son gente que dispone de dinero, la Universidad más benigna en cada grupo; y aprobados también por procedimientos semejantes en grados y reválidos, resultan bachilleres, licenciados y doctores hechos y derechos, sin conocer siquiera el tecnicismo de la ciencia».

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

LA RISA SANA

Después de la fatiga diaria, un poco de alegría no está de más.

Si quiere usted tenerla, busque *El Cometa* y léalo. Se sentirá feliz riendo á carcajadas.

A modo de crónica

Cultura clásica.— Enrique Le Chatelier, Miembro del Instituto de Francia, Inspector de Minas y Profesor en la Sorbona, terminó con el trozo siguiente el discurso pronunciado el 18 de diciembre de 1910, en la ceremonia conmemorativa del centenario del nacimiento del célebre físico y químico Víctor Regnault:

Después de una carrera tan brillante, envidiada por todos sus contemporáneos, Regnault ha caído rápidamente en el olvido. La mayor parte de los químicos han guardado solamente el recuerdo de un profesor mortalmente fastidioso, y muchos físicos no tienen reparo en hablar de él como de un trabajador concienzudo, pero de inteligencia mediana.

Desde ciertos puntos de vista, Regnault se parece mucho á Lavoisier. Ambos profesaron el mismo culto de la experimentación y el mismo terror de las vagas imaginaciones. ¿Por qué, entonces, declina la gloria de Regnault, mientras crece de día en día la de Lavoisier? Las siguientes líneas de Berthelot nos dan la respuesta:

«Lavoisier obtuvo en 1760, en concurso general, el gran premio de discurso francés en retórica, esto es, entró á la vida con la cultura clásica, que no basta ciertamente para crear grandes hombres, pero que les asegura aquella fuerte educación mental, tan necesaria para la prosecución metódica de sus trabajos como indispensable para la propagación de las ideas».

Regnault no contó con las mismas ventajas. Huérfano y sin fortuna, pasa su juventud como simple empleado en un almacén de novedades. Luego, sin transición, por un esfuerzo inaudito de voluntad, entra en la Escuela Politécnica y ocupa inmediatamente el primer rango. Ahora bien, mientras llevaba á domicilio los sombreros de las hermosas clientes de su patrón, Regnault perdía para su formación intelectual los años de la juventud, que nunca se encuen-

tran después. Él ignoró siempre las preocupaciones filosóficas que empujan la mente y la hacen subir desde el hecho particular hasta las nociones generales y abstractas, é ignoró el sentimiento artístico que hace á un autor poner en evidencia los caracteres dominantes de su obra y ordenar sus ideas de manera que el placer del lector sea mayor. Las memorias científicas de Regnault son de lectura penosa y de ellas no se harán nuevas ediciones, como se hacen y como se harán de las memorias de Buffon, Lavoisier, Cuvier, Elías de Beaumont, Pasteur, Berthelot, Fabre, etcétera. Se encierra en esto una enseñanza profunda. Si la guerra impía que se hace hoy á la cultura intelectual no se calma, el siglo que comienza podrá contribuir al desarrollo de la riqueza y aun de la ciencia; pero, en lo tocante al desarrollo del pensamiento humano, no valdrá más que los siglos de barbarie.

La relativa incertidumbre de la ciencia.—A. Chauffard, profesor de la Facultad de Medicina de París, acaba de publicar un trabajo notable acerca del grado de certidumbre de la medicina. Estas son las conclusiones:

La certidumbre médica no es de orden matemático: ella admite diferencias y grados, puesto que razonamos mucho más, según la expresión de Pascal, por espíritu de fineza que por espíritu de geometría. Por tanto, debemos siempre, en cada caso, distinguir la parte de lo que sabemos y la parte de lo que suponemos. Nuestros progresos están, en resumen, ligados á dos condiciones: la de emplear todos los medios técnicos de que disponemos actualmente y la de no ser demasiado teóricos. ¡Qué de errores no puede cometer quien se cree demasiado seguro de todo! Montaigne decía que la duda es una blanda almohada para descansar la cabeza. Nosotros podríamos decir que la certidumbre es una almohada más suave aún y que el hombre que se

creo seguro de una cosa deja de ser investigador.

La noción de certidumbre, en materia científica, es, digámoslo así, peligrosa. Es peligrosa, porque, partiendo de un postulado anticientífico, paraliza el progreso. Jamás se puede poseer la verdad entera respecto á un determinado tema. Lo más que podemos poseer es la verdad actual; pero la verdad ac-

tual no es sino una parte de la verdad de mañana. Esta noción de relatividad científica, madre de la investigación, es tan fecunda como estéril es la noción de certidumbre.

NOTA DE L. R.—Don Elías Jiménez Rojas es el autor de las notas y traducciones que hoy comenzamos á publicar en esta sección particular. Sus ideas políticas no son quizá las nuestras; pero él es amigo de RENOVACIÓN, porque es de los que quieren sinceramente la verdad y la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis

Conferencia del Dr. Queraltó *

La tuberculosis nos rodea, nos acosa, nos oprime, de tal modo, que, según esta interesante conferencia, nos hallamos en un atolladero, en un callejón sin salida, al borde de abismo mortal que amenaza á la humanidad en plazo breve si no se despabila á tiempo.

El Dr. Queraltó exclama al final de su trabajo: «La tuberculosis es la expresión patológica de la humanidad degenerada...» «...Si de este modo, una tras otra se arruinan é infectan las generaciones, de seguir por esta senda la humanidad acabará por agotarse y desaparecer de la tierra». «No se agotará, se está agotando; no se morirá, se está muriendo. ¡Esto se va!»

Para dar tal grito de alarma se funda en que si pudo ser antaño el tuberculoso un singular caso clínico, un ejemplar morboso sólo visible de vez en cuando, en la actualidad la tuberculosis nos devora; su cifra anual de mortalidad siempre ascendente espanta. En todas las naciones siega vidas y vidas; es la continua hecatombe, hasta el punto de que para formar los Estados sus ejércitos se ven precisados á constituirlos con legiones de infectados; en Prusia (caso verdaderamente

sugestivo) en el honorífico regimiento de la Guardia, hubo que suspender la prueba de la tuberculina porque casi todos los soldados resultaban tísicos.

La medicina, por lo visto, ha hecho cuanto podía, «hemos aprendido á curar á los ricos, á quienes cuentan con recursos para su debido tratamiento...», dice sencillamente el autor, se les ha desvanecido el miedo al aire y á la limpieza, se les ha llevado á las montañas, se les ha hecho vivir á cielo raso y dormir con las ventanas abiertas y la razón y la naturaleza han hecho el resto; pero la medicina es impotente contra el pobre, contra el que no sabe y no puede gozar del aire, del sol, de la limpieza, de la actividad prudente; necesita del apoyo de la sociología y de la sociedad, y en su lugar se ha presentado el capital, y á él se debe el sanatorio-reclamo, pudiera decirse el sanatorio-timo, que si no cura al enfermo enriquece al accionista.

Se han establecido sanatorios para pobres, mas no para los pobres, y como en ellos no caben todos, y aun para los preferidos, antes y después del sanatorio hay la vida mísera del desheredado, el contagio cunde hasta la amenaza de cegar las fuentes de la vida.

* Esta interesante conferencia se vende en la Administración de RENOVACIÓN á 25 cts. ejemplar.

Los datos recogidos para este estudio por el Dr. Queraltó sobre las condiciones de vida del trabajador son dantescos, peor quizá, porque la poderosa imaginación de Dante no podía concebir el mísero abatimiento á que la industria capitalista ha reducido al trabajador, al ciudadano de la moderna democracia, al que, elevado por las constituciones políticas á participante de la soberanía, es en la realidad social un vil paria.

No insistiré sobre ellos; hartos conocidos nos son los horrores del trabajo en el campo, en el mar, en la mina, en el taller, en la fábrica, en la casa-tabuco, ante la máquina de coser, donde quiera que el propietario-capitalista estruja al asalariado y, por el derecho de accesoión, le despoja del fruto de su trabajo.

Quedamos en que la enfermedad en cuestión es curable en teoría y prácticamente para los ricos, y aun sólo para ciertos ricos; lo incurable es su propagación, su extensión dominante y desbordante, de la cual da idea como botón de muestra el siguiente interesante dato: según un médico alemán, los sanatorios son un postulado de la civilización; con 25,000 camas en Alemania y proporcionalmente en las demás naciones, quedaría resuelto el problema. Poco después, profundizando más el estudio, el mismo doctor exclamaba: ¡hay 800,000 alemanes tuberculosos! ¡No hay capital social para atenderlos!

¿Remedio á tan grave mal; solución á tal problema? Ya lo hemos dicho: la Medicina y la Sociología asociadas. Pero estas merítísimas entidades se encuentran dificultadas en su obra por otra, el Privilegio, que divide á los hombres, respecto de la tuberculosis, en curables é incurables; los que por la herencia, por la renta, por la usura ó por la explotación, pueden pagarse un tratamiento de descanso, aire, luz y sana alimentación, y los que, para que los usurpadores de la riqueza social vivan á sus anchas, trabajan hasta reventar, y, mal alimentados, pasan su vida en antros lóbregos é infectos.

¿Luego el Privilegio es el enemigo? Sí; pero el Privilegio es la Ley.

Por ella el propietario es dueño de la tierra; de lo que está debajo de ella, de las fuerzas naturales y artificiales que sobre ella obran, y de cuanto produce, se le une é incorpora ó se le hace producir natural ó artificialmente; al propietario pertenecen los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles y por ello se enriquece y llega á las cúspides sociales, en tanto que el no propietario es una fuerza y una inteligencia de alquiler, servil, á quien se le paga su trabajo para la producción, recolección, conservación y cambio de los productos, es decir, que cuenta únicamente con el salario alambicado cuando el propietario le necesita, porque no es más que un accesorio para la vida del propietario, y cuando su señor, su alquilador, el amo, no le necesita, ó cuando los tiempos están malos, ó hay crisis, ó se retira del negocio con sus ganancias, ó cuando se inventa una máquina, queda absolutamente privado de medios de vida y se muere de hambre hasta en la vía pública.

Pues contra el bacilo tuberculoso la Medicina, contra el Privilegio la Sociología, y, ayudando su marcha evolutiva, el Proletariado emancipador produciendo la Revolución Social: he ahí la solución del problema.

Piénsenlo bien los médicos higienistas, los que á cada paso tropiezan con la imposibilidad de aplicar sus recursos terapéuticos por la pobreza de los pacientes, los que con las recetas y con la seguridad de no cobrar sus visitas han de deslizar además una moneda auxiliar, los que son capaces de morir heroicamente á la cabecera de los apestados, los que saben que la fraternidad humana es un principio social positivo, esencialmente humano, y no aspiración utópica.

La unión de la Ciencia y el Trabajo *ha de ser fecunda y salvadora.*

Tales son la impresión y las consideraciones que me ha inspirado la lectura de tan interesante trabajo.

ANSELMO LORENZO

PÁGINAS LITERARIAS

Los parias

Allá en el claro, cerca del monte
bajo una higuera como un dosel,
hubo una choza donde habitaba
una familia que ya no es.
El padre, muerto; la madre, muerta;
los cuatro niños, muertos también:
él, de fatiga; ella, de angustia;
ellos, de frío, de hambre y de sed!

Ha mucho tiempo que fui al bohío
y me parece que ha sido ayer.
¡Desventurados! Allí sufrían
ansia sin tregua, tortura cruel.
¡Y en vano, alzando los turbios ojos,
te preguntaban, Señor ¿por qué?
y recurrían á tu alta gracia,
dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden
culto á tu nombre y á tu poder;
á tí demandan favor los pobres;
á tí los tristes piden merced;
mas como el ruego resulta inútil,
pienso que un día—pronto tal vez,—
no habrá miserias que se arrodillen,
no habrá dolores que tengan fé!

Rota la brida, tenaz la fusta,
libre el espacio, ¿qué hará el corcel?
La inopia vive sin un halago,
sin un consuelo, sin un placer.
Sobre los fangos y los abrojos
en que revuelca su desnudez,
cría querubens para el presidio
y serafines para el burdel!

El proletario levanta el muro,
practica el túnel, mueve el taller
cultiva el campo, calienta el horno,
paga el tributo, carga el broquel;
y en la batalla sangrienta y grande,
blandiendo el hierro por patria ó rey,
enseña al prócer con noble orgullo
cómo se cumple con el deber!

Mas ¡ay! ¿qué logra con su heroísmo?
¿cuál es el premio, cuál su laurel?
El desdichado recoge ortigas
y apura el caliz hasta la hez.
Leproso, mustio, deforme, airado,
soporta apenas tan dura ley,
y cuando pasa sin ver al cielo
la tierra tiembla bajo sus piés?

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Activo y vigoroso poeta mexicano.

Un cuento de amor

Era día sábado. Unas tantas familias,
mujeres y hombres, metían loca alga-
zara junto al malecón del estero. Co-
mentaban el viaje de un muchacho
que se había huido de Chomes, y llegó
á Puntarenas metido en un barril. El
muchacho era cojo como Alonso de
Ojeda, y en la última fiesta del puerto
había jugado tres lanchas. Uno de los
veraneantes dijo hasta un discurso
refiriéndose al cráneo del mucha-
cho que hacía pensar en sus tatará-
deudos los viejos castellanos; acaso
siguiendo su remota genealogía se hu-
biera encontrado su atavismo ascen-
diente en aquel soldado Mancio Sierra
de Leguizamo, que en el Perú había
jugado y perdido, en una sola noche,
la colosal figura de oro, del sol.

Frente al malecón, todo aquel ba-
rullo de gentes se entretenía en juer-
gas de provincia, hasta que alguien
pidió para ilustrar el paseo, que Artu-
ro Esteban—un pintor de escuela—les
refiriera un cuento de amor, y éste,
después de reparar mentalmente su
gestación de artista, comenzó á hablar
de sus diez y nueve años. Á esta edad,
decía, mi vida donjuanesca no se ex-
tendía más allá del barrio; una de mis
conquistas era la de Elena Aponte, á
quien sin embargo no había podido
recibir en mi cuarto de soltero, alqui-
lado secretamente en una calle recién
urbanizada. Se acercaba la fecha de
mi cumpleaños, y Elena, en un mo-
mento de imprevisión, quiso ratificar
una de mis disposiciones. Mi exigen-

cia tenía como armazón un plan discreto para cuya eficacia sólo se requería unos minutos de valor. Sencillamente se trataba de un viaje á Cartago, á donde ella iría por la exigente solicitud de una amiga suya á quien obligaría á interponer todos sus buenos oficios, que no serían nunca los de una cómplice. Á buen seguro que ni los vecinos sospecharían nada. El viaje tuvo lugar en la fecha propuesta, saliendo en el tren que iba para Limón á las nueve y veinte de la mañana, aunque, según el itinerario trazado por Elena y yo, debíamos pasar la noche en Tres Ríos.

Ocurrió que hice el viaje con muy poco dinero, y me ví precisado en llegando á Tres Ríos á ir á solicitarlo de un abogado que me conocía de antaño. Dejé á Elena instalada en el cuartito de un restaurant, y á mi regreso, que no fué sino á las diez de la noche, Elena dormía profundamente. Yo me acosté en el mismo lecho de ella; de allí salí maltratado de palabras por el ujier de la hostería, y hasta después me enteraba de todo: estuve acostado por equivocación en el aposento en donde habían dejado una niña mayor varias familias que pasando por Tres Ríos se vieron obligadas á detenerse por el desperfecto de un automóvil. De manera que, hasta después de una explicación que no le satisfizo, logré llevar á Elena á otro restaurant.

Al día siguiente, ya en San José, recibí una cartera, mi cartera, seguramente perdida en la hostería, con unas pocas líneas que decían: «Remitida por la señora Rosario Vilar».

El tiempo avanzó rápido; con un correr de tren, pasaron las aventuras unanochescas, y, formalmente pensé en casarme. El propio día de mi boda, en el salón amplio y amueblado con lujo de hotel, colgaban de la pared la serie de retratos de la familia de mi novia. Uno que ocupaba lugar principal supe que era el de la fundadora de aquel hogar, fallecida á los treinta años. Fué hasta entonces que conocí el término de la aventura que al principio me había parecido vulgar.

Aquí tienen ustedes, dijo, tomando de la mano á su esposa. Esta que hoy es mi esposa, es la misma muchacha á quien encontré dormida en Tres Ríos, al final de mi aventura amorosa en el cuartito de un restaurant.

Flores y muchos aplausos le fueron tributados al narrador y héroe, y, mientras la sana alegría regaba su carmén en todos los rostros, junto á la vieja lancha—ya volcada—que parecía un ataúd vacío, el anciano remero de barba blanca y de semblante surcado de arrugas, lloraba secretamente al oír por la centésima vez la historia de su hija única, Elena, á quien en no remota fecha encontró muerta de tisis en el cuarto de un hospital, y la cual sólo le había testado un chiquillo anónimo, juguetón y travieso, seguramente hijo de aquel señor alto y blanco, vestido de largo sobretodo, que, con las piernas cruzadas, fumaba tranquilamente junto al maldón del estero.

LEONARDO MONTALBÁN *

* Buen escritor de Nicaragua, proscrito hoy de su tierra en esta tierra.

PENSAMIENTO

Desde que el mundo es mundo, sólo gobierna la fuerza á causa de la ignorancia; la lucha entre el derecho oprimido y la violencia no ha cesado jamás. La opresión, victoriosa y dominante, se manifiesta á través de las edades por la ley, expresión de la voluntad del más fuerte. La sociedad se ha constituido sobre el principio de la propiedad, ó por mejor decir, sobre la servidumbre del trabajo. La mayoría trabaja y ha de trabajar para la minoría. Tal es en resumen la fórmula de todos los organismos sociales, desde el origen de la humanidad. Sobre esta apropiación secular se funda la legitimidad de la opresión. Pero el argumento es falso, sólo le legitima la ignorancia. Á medida que la luz avanza, el argumento se debilita, y cuando la luz sea plena, habrá desaparecido.

BLANQUI

CRÓNICAS SOCIALES

Los desheredados de la fortuna

Quisiera escribir estas líneas, no en noche apacible, sino en pleno día y ante los desheredados de la fortuna, cuyos rostros pálidos y miradas melancólicas, hacen que nuestro cerebro se llene de ideas y nuestra alma de nobles sentimientos,

Sí, para que el dolor intenso y mudo que nos acosa al ver desfilar ante nosotros á esos pobres mendigantes con la enfermedad y la miseria áuestas, se trueque en dolor que haga brotar de nuestros labios frases que ablanden los corazones empedernidos de tanto poderoso y hagan buscar en las reconditeces de sus bolsillos algo para estos harapientos que sin abrigo tal vez, para cubrir sus ateridos cuerpos, transidos por el hambre y el dolor, recorren las calles de la capital arrasando su miseria...

¡Cuántas veces no se ha dicho por la Prensa de la conveniencia de la fundación de un asilo para pobres!

¡Cuántas veces no se ha acudido al periódico—agujoneados por la caridad y la compasión—á fin de hacer que se recoja á tanto menesteroso que invoca la conmiseración humana para alcanzar el sustento!

Pobres almas azotadas por el ábrego

del infortunio, ¡quién sabe hasta cuándo dejaréis de arrastrar vuestras miserias por las ciudades...!

Fué en los esplendores de una tarde de éstas, al morir el sol en espléndido horizonte de púrpura, que sentí como un lento llover de tristezas en la desolación de mi alma, al ver á tanto pordiosero implorando el mendrugo de pan que manos generosas depositaban en las suyas.

Y hoy, estremecido bajo el ala de ese recuerdo doloroso, quiero dejar escritas estas líneas en favor de estas pobres, tristes gentes.

Oh!, vosotros, felices capitalistas que con avaricia guardáis el dinero sin que la miseria y el abandono de estos hermanos que en su peregrinación por el mundo marchan con el bagaje de sus esperanzas os haga sentir la menor compasión por sus necesidades, compadeceos de ellos que caminan cabizbajos, tristes los ojos, con un gesto sonambúlico, por las calles de la capital, y extended vuestras manos, dejad en las suyas el óbolo que os imploran, y habréis recibido la gratitud de sus almas y la admiración nuestra...!

VÍCTOR MANUEL ROJAS

Invitación.—Del 26 al 29 de julio próximo, se reunirá en Londres un Congreso Universal que tratará de las relaciones generales entre los pueblos de Occidente y de Oriente. Dichas relaciones serán discutidas á la luz de la ciencia y de la conciencia modernas, con el fin de estimular los sentimientos de amistad y favorecer la causa de la confianza y del respeto mutuos entre las llamadas razas blancas y razas de color. Ponemos á la disposición de nuestros lectores el programa y las condiciones de participación.

El proletariado en marcha.—Acusamos el recibo del folleto que lleva ese título, que nos ha sido enviado por la publicación hermana *Cultura-Proletaria* de New York.

Ese folleto es hijo de la pluma de nuestro infatigable Director Anselmo Lorenzo, y está dedicado á todos los trabajadores de lengua española que viven en América.

Lo leeremos con el gusto y la atención que siempre nos merecen las producciones del viejo luchador acratista.

Sociedad de Agencias Editoriales

FALCÓ Y ZELEDÓN

RICARDO FALCÓ MAYOR © JOSÉ MARÍA ZELEDÓN B.

APARTADO 638 - OFICINA: 7ª AVENIDA, ESTE, 247 - SAN JOSÉ, C. R.

Cualquiera obra que desee usted pedir, la obtendrá **rápidamente y á bajo precio**, encargándonos su pedido.

Nuestro deseo al asociarnos en esta empresa, ha sido tratar de ganarnos la vida de un modo honorable, sirviendo al mismo tiempo á la causa de la cultura popular que ha recibido ya los mejores empeños de nuestra vida.

Tenemos la **Agencia exclusiva de varias casas editoriales de Europa** y tratamos en breve con otras de los Estados Unidos.

¿No ha oído usted hablar al maestro de su pueblo de la **BIBLIOTECA DOMENECH?**

Suponemos que sí, porque casi todos los maestros de la República son suscriptores de ella.

Infórmese y verá. Obras de arte moderno, cuidadosa é inteligentemente seleccionadas por la casa editora,—que es una de las más notables de Barcelona,—empastadas maravillosamente, al precio de **cincuenta céntimos el ejemplar**, libres de porte para los lugares unidos por ferrocarril. Ni la pasta se paga con tal precio.

La casa Domenech, que nos honra con su representación en Centro América, en su afán de difundir cultura en todos lados, edita actualmente las obras de los más reputados intelectos modernos europeos y comenzará en breve la impresión de la más notable literatura americana.

Su primera obra en este género, será **MARIA, la novela inmortal de Jorge Isaacs**, aquella en que aprendimos de niños á llorar nuestra ternura sobre las páginas del poema del dolor humano tan sencillo, tan grande, tan hondo!


Y ¿quién sabe? Acaso tenga en esta Biblioteca su futuro campo, la buena producción intelectual de Costa Rica.

Cincuenta céntimos por un tomo de estos, lujosamente empastado, es casi una broma.

Suscribiéndose á esta Biblioteca, se pueden llenar con el tiempo no pocos anaqueles de libros buenos y elegantes.

¡TODO UN ARSENAL DE CULTURA POR UNOS POCOS PESOS!

Pida usted sin demora los tomos publicados, y suscríbase á los futuros. Ningún aumento habrá en el precio por los que van quedando atrás.

 En breve recibiremos obras nuevas de la Biblioteca Domenech y las que tenemos agotadas. En la página siguiente de avisos están los tomos publicados y en preparación.